

**Cuarto Simposio Internacional de Pensamiento Católico-Social.  
Puebla, México, julio de 2000.**

**TÍTULO:**

*Diferencias y similitudes entre el concepto de progreso en el pensamiento económico y en el pensamiento social católico.*

**AUTOR:**

Dra. Reyes Calderón Cuadrado.  
Departamento de Economía y Empresa  
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales  
Biblioteca, entrada este.Universidad de Navarra.  
Pamplona, 31080 España.  
[rcalderon@unav.es](mailto:rcalderon@unav.es)  
Fax. 948-425626.

*Diferencias y similitudes entre el concepto de progreso en el pensamiento económico y en el pensamiento social católico.*

Reyes Calderón Cuadrado.

**INTRODUCCIÓN**

La Iglesia de Jesucristo representa un buen ejemplo de cómo la falta de igualdad —*hay diversidad de dones y diversidad de talentos*— puede ser causa de progreso; de cómo la cooperación entre miembros diversos permite un más extenso y profundo avance hacia el fin deseado —*queremos que Cristo reine*— que la existencia de una masa uniforme de personas sin ninguna diferenciación; de cómo todos y cada uno son y somos necesarios.

Pese a la tendencia unificadora del mundo global, y a que la igualdad forma parte del ideario doctrinal de la economía moderna, el siglo XXI comienza su andadura en un mundo desigual: occidente frente al resto del mundo; primer mundo frente a segundo y tercero; pobres frente a ricos; mujeres frente a hombres; sociedad del consumo frente a la sociedad del hambre; paz frente a guerra. Unos seres, los iguales, se antojan como imprescindibles; otros, los desiguales, sólo como problemáticos: si no existieran el mundo sería mejor.

Existen notables diferencias entre ambas perspectivas del lo desigual, y no sólo porque en el primer caso las diferencias provengan de causas naturales, mientras que en el segundo puedan deberse a causas artificiales. La separación más notables entre ambas perspectivas estriba en que en el mundo global las diferencias entre los pueblos y entre las personas no parecen ser causa de progreso benéfico, sino más bien fuentes de ineficiencias e injusticias.

Existe además una diferencia antropológica que es preciso resaltar. Mientras en la Iglesia la desigualdad de tareas no afecta a la valoración y calificación de las personas frente a su

fin último —de manera que todos ellos están llamados a la santidad, y Dios quiere servirse de todos y cada una de esas personas sea cual sea su don, talento o vocación para completar los padecimientos del Maestro— en el caso del mundo global, parece que existe un “tipo” de nación adecuado, frente a todos los demás que resultan inadecuados.

Mientras en la Iglesia prima la respuesta a la vocación a la que uno ha sido llamado, sea ésta cual sea, en la economía de los países ricos parece que lo importante, esto es, lo adecuado, es tratar de conformarse con la sociedad tipo, intentando imitar todas y cada una de sus instituciones: familias con pocos hijos, democracia política, sociedad de consumo, etc. Quien no lo consigue vuelve nuevamente a colocarse en el “saco” de lo problemático, y los problemas obligan a tomar decisiones para su resolución.

Durante años —y gracias especialmente a los escritos del sociólogo Max Weber— ha sido lugar común atribuir al capitalismo (paradigma de “lo moderno”) un esencial y espontáneo carácter civilizador. El capitalismo se antojaba un régimen socioeconómico capaz de lograr *per se* —y sin contribución política o moral planificada— la profundización del progreso. El capitalismo era progresista, pero de una manera muy especial: siendo modernista. Con él quedaría borrada la antigua idea de la intrínseca pobreza de la raza humana y aquella otra antigualla que sostenía que el progreso habría de proceder del lento caminar de la experiencia acumulada de un pueblo, amasada por sus pobladores, y fermentada por la referencia moral.

No resulta, en mi opinión, tan importante el hecho de que Weber atribuyera al calvinismo el espíritu animador de esa civilización, como el hecho de que ese carácter civilizador fuera netamente consecuencialista y, por tanto, de inspiración modernista para que el catolicismo fuera negado como principio activo. Veladamente en ocasiones, manifiestamente en otras, las propuestas de la Doctrina Social de la Iglesia, que **atienden al proceso a la vez que al resultado** han sido consideradas no progresistas o, más bien, anticuadas<sup>11</sup>.

En este *paper* nos proponemos realizar algunas comparaciones entre el concepto de *progreso* que alberga la sociedad occidental, leído a la luz de los textos de uno de los padres de la economía moderna: Adam Smith, y su homólogo en la doctrina cristiana.

En el primero nos encontraremos ante una tendencia a ir hacia delante sin ataduras previas; esto es a la consecución acelerada de metas por no tener que enjuiciar en cada caso repercusiones morales, sociales, etc. En el segundo, por contra, sabemos de la necesidad de que el progreso sea para todos, no sólo para una mayoría; que apele a guías previas, a la verdad, y no sólo a la moda imperante. El primero, libre de ataduras y juicios morales, achaca al segundo de detener el progreso por ponerle tantas condiciones.

Trataremos de mostrar uno de los fallos de esta argumentación: es imposible definir cualquier tipo de progreso sin una guía; entre ambos planteamientos la diferencia no es más que la existencia de guías distintas, de juicios de valor divergentes.

Previamente a todo este esfuerzo, resulta necesario que precisemos los términos en los que esta discusión va a apoyarse. Concretamente el binomio pobreza-riqueza, y su medición crecimiento-desarrollo que es donde parece fundamentarse el éxito progresista.

### *Sección primera*

## PRECISIONES TERMINOLÓGICAS.

### 1.1.-MODERNIDAD ECONÓMICA: LA BÚSQUEDA DE LA ABUNDANCIA.

La historia económica de la humanidad hasta casi nuestro siglo, es una historia escrita con tintes de *subsistencia*. Una historia enlazada a una escasez económica primaria, basada en el concepto de necesidad<sup>2</sup>. Tal era el peso, el volumen, y la duración de esa escasez que incluso el elevado ánimo, el espíritu revolucionario y la contundente esperanza del Renacimiento no consiguieron que la mente de la población albergara mayoritariamente la idea de la abundancia como algo alcanzable.

La pobreza parecía variable consustancial de la condición humana. Sólo algunos privilegiados, pocos, conseguían zafarse de ella, aunque sólo durante un cierto tiempo, porque la muerte es también un tipo de escasez primaria. Malthus, un “mal pesimista” sostuvo, por poner un ejemplo notable, que “*la buena o mala situación del pobre no es por necesidad inherente a ninguna etapa determinada del progreso de la humanidad hacia una mayor riqueza*”<sup>3</sup>; es decir, según él, la pobreza no tenía remedio.

Ciertamente los datos acumulados hasta esa fecha —Malthus publica la primera versión de su Ensayo en 1798— resultaban alarmantes. Durante el siglo XVI la escasez se había elevado en volumen y concentrado en las agrandadas metrópolis, hasta tal punto que “*la lacra del pauperismo comienza a ser una de las preocupaciones fundamentales de la política*”<sup>4</sup>. El siglo XVII no mejora las cosas; textos y leyes sobre el auxilio (o reclusión) de los pobres se suceden sin cesar, poniendo de manifiesto la confusión acerca de la posibilidad de encontrar una solución a este grave problema.

Un problema que, además, se agranda al intentar cualificarlo sociológicamente. Jeremy Bentham, por ejemplo, recogiendo el sentimiento de la doctrina utilitaria de su tiempo, define pobreza como el “*estado de cualquiera que para subsistir se ve obligado a trabajar*”<sup>5</sup>. Resulta evidente que en nuestro contexto histórico, y en cualquiera dentro de la Doctrina Social Católica, tal definición debe ser matizada porque, de no hacerlo, todo Occidente habría de ser definido como una masa de pobres rodeada por una colección de personas que desea pertenecer a ese club de los pobres y no lo consigue.

En la segunda mitad del siglo XVIII, encontrarse obligado a trabajar para vivir era signo de pobreza. Si se disponía de hacienda o de rentas la necesidad de emplear las manos en tareas productivas desaparecía; incluso algunos “estatutos de nobleza” prohibían taxativamente trabajar manualmente, so pena de perder tal condición de nobleza.

En todo caso, la pobreza de la que estamos hablando no era nada bucólica. Si una persona había de sostenerse con el resultado de su trabajo, viviría bajo condiciones materiales muy precarias. Los salarios del trabajo eran de *subsistencia*, entendiendo subsistencia en el mismo sentido que relaciona la gasolina con el automóvil: condición para seguir funcionando sin ningún ánimo ni posibilidad de cambio o mejora. Permanecer vivo, y en disposición de seguir trabajando para seguir estando vivo<sup>6</sup>.

Adam Smith publica en 1776 su primera versión de la afamada “The Wealth of Nations”. Frente a planteamientos anteriores, en esta obra se matizan ya los términos, hablando de pobres como de aquellos que, necesitando trabajar, se enfrenta con dificultades para ello<sup>7</sup>. Para quienes presentan problemas mayores, reserva el calificativo de mendigos. No ha cambiado la doctrina de los trabajadores con salarios de subsistencia, pero el título de esta obra en cuestión no deja de ser esperanzador.

Himmelfard opina que *la riqueza de las naciones del título no se refería a la nación en el sentido mercantilista (la nación-estado, cuya riqueza era la medida del poder que podía ejercer frente a otros estados) sino a la gente que integraba la nación. Y la “gente” no en el sentido político de los que tenían voz..., sino en el sentido social y económico, los que trabajaban y vivían en la sociedad, de la cual la mayor parte eran los “rangos bajos” o “pobres”*<sup>8</sup>. Coincidimos con este autor: refiere Smith el deseo —que luego trataron de incluir en sus sueños los utópicos anarquistas, y los utópicos marxistas— de que cada miembro de esa gente pudiera salir de ese estado, y ver como *la agradable esperanza de mejorar su condición*<sup>9</sup> cambiaba la faz del pobre y de la sociedad de los pobres.

Adam Smith es considerado, entre otras cosas por este giro, uno de los padres fundadores de la economía moderna. No obstante, cualquier aficionado a la historia de la humanidad debe reconocer que no se trata de una idea original. Toda la tradición cristiana, de la que inevitablemente bebe Smith, proclama la esperanza de olvidar la pobreza, desde el momento en que anima a combatirla.

Ciertamente la Doctrina Católica ha proclamado invariablemente la dignidad de la condición y estado de pobreza<sup>10</sup>, pero es preceptivo señalar que previamente realiza la distinción entre pobreza voluntaria, en sentido de desprendimiento, y esa otra pobreza que equivale a una carencia involuntaria grave. La primera, la voluntaria, se ensalza como ideal ascético o místico. La segunda, la involuntaria o forzada, ha de combatirse por ser un mal en sí misma y por sus efectos secundarios<sup>11</sup>.

También se señala que Smith es padre de la economía moderna por ser pionero en unir la tradicional condición de la pobreza —es decir, el trabajo— con su solución para conseguir la abundancia, al señalar al trabajo anual como fuente de la riqueza de la nación. Señala Arendt, y nosotros nos sumamos a su apreciación, que *las Revoluciones Modernas nacieron desde un punto de vista teórico cuando, en primer lugar Locke y (...) después Adam Smith, afirmaron que el trabajo y las faenas penosas, en lugar de ser patrimonio de la pobreza, (...) eran por el contrario fuente de toda riqueza*<sup>12</sup>.

Como en el punto anterior, es de justicia resaltar que también la Doctrina de la Iglesia había puesto de manifiesto con mucha antelación este extremo. El propio libro del Génesis muestra a un Dios creador, que insta a Adán y Eva a imitarle, a participar en la recreación, dominando la tierra y someténdola<sup>13</sup>. Sin embargo, el trabajo del que habla Smith tiene unas características peculiares, que no están presentes, más bien al contrario, en la Doctrina Católica.

Expresado en otros términos, si la modernidad económica centra su meta en la eliminación de la lacra de la pobreza, y toma por instrumento al trabajo, tenemos necesariamente que afirmar que la Doctrina de la Iglesia es claro antecedente de esa modernidad, y que tal doctrina debe calificarse como estrictamente moderna. No obstante, esta Doctrina recibe en nuestro tiempo otras catalogaciones no coincidentes, e incluso contrapuestas. Se la tacha de retrógrada, antiprogresista e incluso de anticuada.

¿Cuál es la razón de este contrasentido?. En nuestra opinión, resulta incuestionable que la Doctrina de la Iglesia busca el beneficio material del hombre y que se centra en el trabajo. Sin embargo, el modo de describir ese beneficio y esa actividad resultar diferente en el caso del pensamiento económico y el pensamiento social católico.

Para Adam Smith la actividad que merece el nombre de trabajo, por ser instrumento para salvar la pobreza y constituir una sociedad rica, es el trabajo productivo, es decir, la actividad cuyo *resultado* es productivo. *Existe una clase de trabajo*, sentenciará Smith, *que añade valor al objeto a que se incorpora; por el hecho de producir valor se le llama productivo*<sup>14</sup>. La actividad improductiva, por contra, *no se concreta ni realiza en materia alguna particular o mercancía susceptible de venta (y en la que) sus servicios perecen, por lo común, en el momento de prestarlos y rara vez dejan tras de sí huella de su valor, que sirviera para adquirir igual cantidad de trabajo*<sup>15</sup>.

Todo aquel esfuerzo que no pueda llevarse al mercado y ser cambiado por otras mercancías, esto es, todo aquel esfuerzo que no lleve aparejado un valor de cambio, aunque tenga un alto valor de uso, no contribuye a crear una sociedad próspera y civilizada, es improductivo. Clérigos, filósofos, sirvientes domésticos, todos aquellos que no fabriquen productos tangibles que puedan venderse pertenecen a esta clase de trabajadores improductivos. Si ellos no estuviesen, la sociedad saldría beneficiada porque, aunque no contribuyen a la producción global de la sociedad, sin embargo consumen parte de ella, siendo en este sentido parásitos del progreso.

En su introducción a “La Riqueza” señala Smith que el trabajo de una nación, de donde deriva su riqueza, no se relaciona primariamente con el clima, el suelo o la extensión, sino que depende de dos circunstancias: “*primero, de la habilidad destreza y juicio con que habitualmente se realiza el trabajo; y segundo, de la proporción entre el número de los que están empleados en el trabajo útil y los que no lo están*”. Una sociedad será así más próspera en tanto que los trabajadores estén mejor *formados productivamente*, y existan menos personas que realicen trabajos no productivos.

En este sentido las políticas occidentales son muy coherentes. Algún ejemplo: si se reduce la tasa de natalidad, los padres pueden hacer más eficiente el presupuesto de educación de los hijos. Un hijo tendrá, en este sentido, más calidad educativa (medios, atención, etc.) que si la prole es numerosa. Así mismo, las madres podrán estar en el mercado de trabajo de manera que sus labores improductivas se vayan tecnificando y su esfuerzo se convierta en productivo. Esta vía de contención de la población forma parte del camino de búsqueda de riqueza que sostienen no pocas organizaciones internacionales. Las políticas tendentes a concienciar a la población de la necesidad de responsabilizarse de su propio futuro, y de ahorrar lo necesario para cuando ya no sean productivos, tiende nuevamente a que el colectivo de los no empleados en trabajos útiles dejen de ser gravosos a la sociedad.

Frente a este concepto de trabajo productivo, la Doctrina de la Iglesia declara tremendamente productivos a ciertos colectivos cuyos estatutos les sitúan claramente fuera del mercado. Tal es el caso de las comunidades de almas contemplativas. Consideradas productivas, necesarias y síntoma de la calidad de la salud del bien tanto de la “ciudad de Dios” como de la “ciudad de los hombres”<sup>16</sup>. Lo mismo puede decirse de la amas de casa, cuya labor no forma parte del PNB, de los ancianos, enfermos, etc.

Frente al concepto de formación y dignidad del trabajo en atención al resultado visible en la producción, la Doctrina de la Iglesia, muy claramente en el curso de este Papado, pero ya expresamente desde León XIII, señala taxativamente que el trabajo es digno en tanto que es humano. Por ello, es la dignidad del hombre la que ha de ser salvaguardada, sea cual sea el precio productivo a pagar. Todo supuesto progreso que genere efectos secundarios que directamente atenten contra la dignidad de una parte de la población, especialmente si es la encargada de implementarlo productivamente, no puede en rigor considerarse progreso humano.

Podemos apreciar entonces que existe una diferencia entre ambos planteamientos, no tanto porque en uno se insista en la importancia del trabajo y en el otro no, sino por la calificación del trabajo. Esa calificación se encuentra netamente representada, a nuestro entender, en la diferencia entre el objetivo de crecimiento económico y el de progreso económico.

## I.2.- CRECIMIENTO Y DESARROLLO. LA VÍA HACIA EL PROGRESO

Cuando empleamos los términos crecimiento y desarrollo como sinónimos, solemos referirnos a cuestiones relacionadas mayoritariamente con el aspecto físico de la naturaleza humana. Así, muchas madres, cuestionadas a cerca de la evolución de sus hijos, emplean indistintamente —para aseverar que se encuentran bien— las expresiones “van creciendo” o “se desarrollan con salud”.

Cuando se sobrepasa el ámbito físico, y se entra en el intelectual, los términos crecimiento y desarrollo abandonan el parentesco directo para entablar relaciones de complementariedad. Aun cuando algunos profesores de enseñanzas primarias y secundarias emplean tanto la expresión “se desarrolla adecuadamente” como aquella otra

“va creciendo a niveles adecuados” para indicar que el alumno va adquiriendo los conocimientos precisos, al ser cuestionados afirmarán que el desarrollo es expresión con más altos vuelos.

Si a los términos crecimiento y desarrollo se les añade el adjetivo “económico” se topa el investigador, de entrada, con la duda acerca de su significado: ¿son expresiones sinónimas o complementarias?. La duda es razonable, pues, al menos, se puede constatar que existen argumentos para ambas opciones.

Quienes pretenden sostener que son expresiones sinónimas, disponen de varios discursos.

El primero refiere algo evidente: la ciencia económica está emparentada directamente con el aspecto físico de la naturaleza. La escasez en economía proviene, por un lado, de la necesidad humana, que contiene una atadura física innegable; por otro, de los medios naturales, escasos. Al mismo tiempo, hay que recordar que todas las grandes preguntas que supuestamente ha de contestar la economía —qué producir; cómo producir; cuánto producir; para quién producir— concluyen con el término *producción*, término que, al menos, contiene una faceta técnica —la fabricación—relacionada directamente con el proceso físico de transformación de materias primas en productos. En este sentido, podría no ser descaminado pensar que estamos ante expresiones sinónimas cuando hablamos de crecimiento de un país o de desarrollo de un país.

El segundo discurso es válido en el entorno de las doctrinas que han aceptado radicalmente el sentido que Lionel Robbins otorga al término “lo económico”. Si el sentido de la economía es asignar medios a fines, sin importar qué medios y qué fines estén comprometidos, se podría pensar que en ese proceso lo asignativo<sup>17</sup> tiene una componente técnica suficientemente fuerte como para trasladar lo económico a ciencias muy próximas a lo físico. El tercer discurso, el materialista o benthamniano, señala que la felicidad se encuentre donde se encuentre, tiene primera fonda en el bolsillo, por lo que la economía sería cosa de crecimiento, llámesele como se quiera.

Frente al planteamiento anterior, los partidarios de distinguir entre ambos términos, y considerarlos complementarios, sólo necesitan un argumento, porque es de peso: la ciencia económica contempla la acción humana; tiene al hombre como sujeto. Cuando el hombre avanza lo hace en perspectivas multifacéticas, una de ellas física, otra intelectual, otra afectiva, etc. Por ello, resulta más conveniente no emplear esas expresiones como de idéntico significado. En todo caso, los partidarios de esta distinción reservan —coincidiendo con los profesores de enseñanzas primaria y secundaria— la expresión desarrollo para categorías de logro más elevadas.

Según mi interpretación, tratándose de Doctrina Social de la Iglesia no hay lugar para dudas. Crecimiento y desarrollo son términos complementarios, y además jerarquizados: el primero es inferior al segundo.

Etimológicamente resulta curiosa la jerarquización que emplean quienes desde la economía son partidarios de la distinción terminológica.

Digo que resulta, al menos, curioso, porque el término desarrollo alude al hecho de “*desencoger lo arrollado*”, al acto de “*desenrollar*”. No apela, en ningún sentido, directamente al progreso, es decir, a la marcha hacia delante. Sin embargo, crecimiento sí alude al aumento de valor, en cantidad o calidad. En este sentido, sería más lógico que fuera el término crecimiento el empleado, o, en su defecto, hablaran de aumento, elevación, progresión, incremento, etc.

No obstante, y quizás con la idea de “cualificar” el crecimiento —y adjetivarlo de sostenible; equilibrado; sin clases; relativo; etc.— emplean el término desarrollo. Ahora bien, sólo si la fuente de donde proviniese ese juicio sobre el crecimiento, esa calificación relativa, hubiese existido previamente y hubiese sido silenciada, se podría aceptar etimológicamente el empleo del término desarrollo. En otro caso, sería preferible emplear otros términos y acabar con la inflación terminológica a la que esta sometida la voz desarrollo.

Uno de los ejemplos de esta inflación se encuentra en la palabra subdesarrollo, que emplean innumerables escritos económicos. En algunos de estos escritos, cuando se escribe subdesarrollo se alude a valores del PNB per capita, que resultan inferiores que los de la muestra de base. En otros se está pensando en situaciones de dominadas por el atraso, la mentalidad o la costumbre arcaica. A veces se quiere notar la ausencia de potencialidades productivas; la escasez de la industria; la explotación insuficiente de los recursos naturales; la no disposición de aquello que, el que juzga, entiende por necesario; la falta de articulación de la economía; la inexistencia de mercado, etc.

Como puede notarse, en la mayoría de los casos el juicio es comparativo, pero la muestra de referencia esta formada por valores con gran carga subjetiva y “moderna”. Esto es, una costumbre subdesarrollada, es una costumbre no moderna. La falta de articulación de la economía, se mide en función de la articulación de una economía moderna, y el juicio político se basa en la confrontación del régimen existente con el demócrata, es decir, el moderno.

Quizás sea éste el motivo por el que muchos escritores, algunos marxistas, otros no, han tildado invariablemente de imperialistas las políticas que Occidente emplea para combatir el subdesarrollo, y han señalado, con expresión certera, que estas políticas “dislocan” las sociedades supuestamente subdesarrolladas<sup>18</sup>. En todo caso, nos hacen albergar la certeza de que es imposible describir un crecimiento cualificado, un desarrollo en el sentido antes mencionado, sin un patrón de referencia, y también la hipótesis de que este patrón puede construirse, y de hecho así se hace en los “tiempos modernos”, sobre la marcha.

En el caso de la Doctrina Social de la Iglesia no existe ningún conflicto terminológico. La etimología de la palabra desarrollo está en absoluta consonancia con la Doctrina debido a que lo relaciona con el progreso.

El término *progreso* se define como la *marcha hacia delante*, pero también, y con mayor precisión, como *la marcha hacia la perfección*. Ahora bien, es importante saber con claridad y exactitud qué es la perfección.

La Doctrina de la Iglesia expresa con absoluta nitidez cuál es esta perfección, cuál su lugar de procedencia, etc. Y en esa línea es evidente que la búsqueda de perfección, es decir el progreso, pasa por el desarrollo.

La perfección requiere de “desencoger” lo que el pecado ha “arrollado”; precisa de desenrollar lo que —en cada uno de nosotros en particular, y en la sociedad de los hombres en general— no ha podido ver la luz por estar atado. Desenrollar; correr el velo del entendimiento; iluminar con el resplandor de la verdad; volver al principio.

Cuestionado Jesús acerca del matrimonio, y de si trae a cuenta casarse, sin posibilidad de acta de repudio, señala: “*Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres a causa de la dureza de vuestro corazón; pero al principio no fue así*” (Mt 19, 3-10; Mc. 10, 2-12). Al principio, momento donde nada estaba oculto, donde nada había sido enrollado. Sin embargo, ahora hace falta un desarrollo, un desenvolvimiento. El ejemplo de Tomás de Aquino “estudiando” un crucifijo, es también muy ilustrativo. La Verdad existe ya; yo trato de alcanzarla, no de crearla. Para ello es preciso que quite las trabas, que desate los nudos que mantienen enrollado mi entendimiento.

Lo mismo puede aplicarse al caso del trabajo. En la medida que un hombre progresa, es decir, va deshaciéndose de ataduras que nublan su entendimiento, y acogotan su voluntad, se encuentra en mejor disposición para saber cómo dominar la tierra, para saber cómo trabajar. En este sentido, quienes colaboran para que ese desarrollo humano se produzca están indirectamente cooperando al progreso material de la nación. El trabajo improductivo del que hablaba despectivamente Smith es ahora en la Doctrina Social Católica la base necesaria del trabajo productivo.

Desde ciertos sectores políticos y económicos se insiste en que esta forma de unir el interior del hombre, su componente ético y moral, con el resultado exterior de sus acciones es retrógrado e incluso poco tolerante. Importa, dicen algunos empresarios, lo que sale de las manos del hombre, no lo que tiene en su interior. Si fabrica o no buenos zapatos, nada tiene que ver con que sea una buena o mala persona, sólo con el hecho de que conozca la técnica del zapatero. Su calidad “humana” no es cosa mía, pertenece a su interior. La productividad y las virtudes no están relacionadas. Para estos sectores, el Pensamiento Social Católico es poco moderno.

Moderno significa “*lo que sucedió recientemente*”. La actitud llamada moderna es la introducción de reformas conforme al uso moderno, con la idea —sería más correcto decir con la hipótesis— de que todo lo que se haga inspirado en un nuevo uso ha de constituir una mejora. El progreso, entonces, es ir adelante, abandonando la tierra pisada, lo que ocurrió al principio. Es andar sin valorar; es construir sin pilares; es “mejorar” sin apelar al juicio sobre la mejora; es caminar sin apelar a la verdad. Es buscar la perfección, pero teniendo en cuenta lo fundamental: que ésta no tiene patrón de referencia, pues se

crea a cada paso, se “moderniza”.

*Sección segunda:*

## JUICIOS SOBRE EL RESULTADO MODERNO.

### 2.1.- INTRODUCCIÓN.

Según lo expuesto hasta el momento, etimológicamente es un contrasentido unir desarrollo, *que precisa de una guía previa*, y modernismo, que construye la guía al andar.

En esta sección, y a través de los escritos de Smith trataré de mostrar que no puede existir un puro modernismo: que, como en todo lo humano, la propia noción de lo moderno requiere de un ancla, de un principio que, al menos, haga las funciones que tiene la verdad en la Doctrina de la Iglesia. También intentaré mostrar la escasa calidad de dichos anclas.

### 2.2.-SMITH Y LA BÚSQUEDA DE LA ABUNDANCIA.

Con gran acierto, a mi entender, John Kenneth Galbraith señala que las ideas económicas han nacido en un contexto donde la pobreza era denominador común; en *el mundo de la universal pobreza*<sup>19</sup> y no se han adaptado en absoluto al mundo de la abundancia.

Vivir en situaciones de pobreza no es fácil, desde luego, pero tomar decisiones económicas en ese contexto resulta mucho más sencillo que hacerlo en situaciones de abundancia, contexto actual del pequeño sector del mundo conocido como “occidental”. El paso de la pobreza a la abundancia no ha dejado nunca de crear tensiones múltiples y a múltiples niveles: entre ellos, el teórico-doctrinal.

En el día a día, en la vida ordinaria, el paso ha modificado sensiblemente los comportamientos. En el caso del hábito de consumo, *tan grande ha sido el cambio, que muchos de los deseos de los individuos ya no son ni tan siquiera evidentes para el mismos*<sup>20</sup>, lo que explicaría la proliferación de los medios publicitarios y la existencia de una legión de técnicos de ventas que intentan convencernos de que los deseos que nos muestran son necesidades ineludibles, y que existen motivos racionales para tratar de satisfacerlos por encima de cualquier otra consideración.

También la ciencia se ha visto salpicada por este fenómeno, y se ha pertrechado con un gran paraguas relativista para no mojarse.

Para un relativista, toda teoría se justifica en su propio contexto; únicamente ha de evaluarse la congruencia de la misma con el ambiente histórico y político<sup>21</sup>. Con ese paraguas se evita tener que analizar la coherencia interna. Si una ciencia como la economía —que, por definición, estudia la acción humana individual— ha de olvidarse

del propio concepto de acción, y de la esencia del individuo, el relativista contestará que si la propia antropología cambia, la economía no habría de ser menos.

Y ciertamente en ocasiones llega la influencia del cambio hasta un nivel en que parece que es cierto que la propia antropología sufre cambios transgénicos. *A la larga, continúa Galbraith, la verdad determina nuestra adhesión. Lo agradable consigue lo mismo en menor tiempo*<sup>22</sup>. Como la propia esencia de la abundancia implica un óptimo benthamiano, es evidente que el consenso ha de ganar terreno frente a la verdad. Lo agradable y lo placentero son apreciados sin más análisis; convienen. El bienestar es una meta a corto plazo, pero también a largo, si este periodo de tiempo se interpreta como una sucesión de pequeños espacios destinados al consumo y la búsqueda de utilidades inmediatas. El verdadero largo plazo, el que se une a la verdad —que es y será verdad lo reconozca o no la mayoría simple o cualificada de la sociedad— queda relegada al olvido, a un periodo de tiempo con el que la vida real siempre tendrá carácter asintótico.

Las acciones humanas, libres, racionales, se pierden entre una maraña de “verdades” pasajeras. La decisión es delegada en quien supuestamente sabe apriori qué incrementa la utilidad de la mayoría, lugar social donde se ubica el individuo si tiene la fortuna suficiente.

Decíamos anteriormente que con Adam Smith llegó a la sociedad *la esperanza de solucionar la pobreza*.

No obstante, la abundancia no es planteada por Smith como una meta nueva; como una innovación creadora, sino como una vuelta atrás. Es la ya conocida teoría del estado natural, que Smith hereda, entre otros, de Locke, y que supone un verdadero desarrollo.

Existió, piensan estos autores, un estado en el que *“cada hombre tenía cuanto podía utilizar”*<sup>23</sup>, pero, por múltiples razones, ese estado desapareció, siendo suplantado por una sociedad donde *“la tierra escasea”*; *“las distintas comunidades fijan los límites de sus territorios”*; la *desigual distribución de la propiedad* hace que existan propietarios y no propietarios<sup>24</sup>; en definitiva, una sociedad donde la abundancia no existe y aparecen las desigualdades.

Y surge la intranquilidad pues *“la abundancia del rico excita la indignación del pobre imprudente y la necesidad y la codicia le impelen a invadir las posesiones de otro. Sólo bajo el amparo de un magistrado civil podrá descansar durante el corto periodo de una noche con alguna seguridad quien sea dueño de un caudal adquirido en el transcurso de muchos años o heredado gracias al trabajo de muchas generaciones”*<sup>25</sup>.

Pero la esperanza de volver a ese estado permanece. La modernidad estriba precisamente en considerar que la ilusión puede ser realidad, que esa meta es alcanzable. Smith, como decíamos, considera que el camino para alcanzarla está en el trabajo y en el intercambio: *“la gran multiplicación de la producción de todos los diversos oficios, derivada de la división del trabajo, da lugar, en una sociedad bien gobernada, a esa riqueza universal*

*que se extiende hasta las clases más bajas del pueblo...provee (a sus habitantes) de una plenitud general que se difunde a través de los diferentes estratos de la sociedad”<sup>26</sup>.*

Nuevamente estamos ante un desarrollo, debido a que Smith sostiene en toda su obra que esas actividades derivan directamente de la naturaleza del hombre, de lo primigenio. Para Locke, herencia que retuvo Smith, el trabajo es original a la naturaleza humana. Pero no sólo el trabajo, porque “*la división del trabajo no es causa, sino efecto, de la natural tendencia en el hombre a trocar y cambiar*”<sup>27</sup>.

Ahora bien, en su descripción de las ventajas de la división del trabajo, Adam Smith afirmaba que la división del trabajo implicaba una plenitud de producción, pero sólo en un contexto muy preciso: todo este progreso ha de ocurrir —según Smith es condición necesaria— en una “*sociedad bien ordenada*”.

La expresión *ordenar* presenta enormes y connaturales reminiscencias desarrollistas, porque significa “colocar las cosas en el lugar que les corresponde”. Paso previo al acto de ordenar ha de existir una delimitación precisa de los lugares donde han de ser colocadas esas cosas; donde deben ser colocadas esas cosas; en otro caso sería imposible ordenar.

Si la sociedad está ordenada cuando las cosas están colocadas en el lugar correspondiente, una sociedad desordenada sería aquella que estuviera afectada por alguna de las siguientes circunstancias.

- a) Que las cosas estuvieran colocadas en sitios diferentes al que les hubiera correspondido en una sociedad ordenada. Este sería un desorden voluntario.
- b) Que careciera de datos a cerca de los lugares donde colocar. En este caso estaríamos ante un desorden por desconocimiento o falta de juicio.

Pero veamos como describe Smith la sociedad ordenada. Tendremos que acudir a su “*Theory of Moral Sentiments*”.

Allí describe que una sociedad ordenada es una sociedad que toma como criterio de colocación de las cosas al *sentimiento moral*, es decir, aquella cuyo criterio ordenador se ubica en un *afecto del corazón* del que surgen las acciones, y *del cual parecer depender en última instancia toda virtud y todo vicio*<sup>28</sup>. Ese afecto es eminentemente social, simpatético, pues consiste en juzgar (con la posterior aprobación o desaprobación) sobre el comportamiento de los demás, y los demás sobre el mío. Si todos coincidimos en que la respuesta, se atiene al orden, y, por consiguiente, lo aprobamos; en otro caso lo desaprobamos ya que está desordenado.

Según este escocés, ese afecto de mi corazón, unido al de aquel otro, y al de aquel de más allá, y, finalmente extendido a toda la sociedad, ocasiona un sentimiento moral global *cuyos ordenados y armoniosos movimientos producen un innumerable número de efectos*

*agradables*<sup>29</sup>. Ese sentimiento nos conduce a hacer lo apropiado, y resulta el substrato necesario para empezar a dividir la labor y alcanzar la abundancia.

Ahora bien, ese criterio ordenador, ese sentimiento moral ¿es un desenvolvimiento, tal y como parece desprenderse de estas explicaciones?. Claramente no. En esto Smith es tajante: *no aprobamos o condenamos (no tenemos sentimiento moral) porque al examinarlos resulten estar de acuerdo o no con una regla general; por el contrario, la regla general se forma a través de la experiencia, lo cual nos descubre que se aprueban o reprueban todos los actos de una determinada especie*<sup>30</sup>.

¿Cómo se forma esa regla general? Pues más o menos de la misma forma que lo hace el precio en el mercado, o el resultado de un plebiscito en una democracia. En el mercado, el precio se forma por la concurrencia de la oferta y la demanda. Todos los que están en el mercado cooperan en la formación del precio. Todos los que votan cooperan en el resultado de la votación.

El resultado final, el precio o la elección, será por ello expresión de la voluntad de la sociedad. Al menos de la sociedad que puede estar en el mercado, o de la sociedad que está en el censo electoral, porque fuera de esos círculos hay personas, pero no cuentan.

Pero precisamente esas personas pertenecen al grupo que Smith trataba de reincorporar a la sociedad: los pobres. Por un lado el fin de la política económica es hacer llegar la abundancia material a la sociedad, pero no dejamos que aquellos que van a disfrutarla juzguen el proceso por el cual vamos a conseguirla. ¿Es ese un reino de la libertad?.

El consenso es un régimen de mayorías, pero el problema del desarrollo, y del subdesarrollo está precisamente en las minorías, que no entran a formar el criterio moderno de verdad.

La mayoría juzga entonces, en atención al resultado de sus políticas, si va o no ganando en abundancia, pero poniendo ella el concepto de abundancia; enjuiciándolo desde sus patrones. Por ejemplo: preferimos que la abundancia llegue desde la contención de la población, que desde la educación para el crecimiento de la producción agrícola.

Como puede observarse, este criterio moderno, el criterio de la mayoría o del interés general, termina siendo el patrón para tomar las decisiones básicas sobre cómo conseguir la abundancia; también sobre cómo conseguirla para la minoría. Al mismo tiempo, es el vehículo para tomar aquellas decisiones que afectan al bienestar de las personas que conforman la mayoría: el bienestar para sí mismos. Juez y parte, la modernidad nunca podrá atacar el problema objetivamente.

La Doctrina Social de la Iglesia, por el contrario, por su calidad de juzgar siempre, en atención a la verdad, el método previamente al resultado; por su exigencia en el bien común de todos y no sólo en el interés general de la mayoría, no padece ese lastre. La verdad es la que objetiva el juicio sobre los caminos del progreso.

Sólo despreciando sus bolsillos, sus funciones de utilidad, sus intereses personales, los agentes económicos modernos, particulares, empresariales, gubernamentales, podrían buscar objetivamente, sin conductas oportunistas de ninguna clase, soluciones que condujeran a un desarrollo verdaderamente global y humano. Pero la economía moderna ha leído detenidamente a Adam Smith, quien enseña que cuando cada uno busca su propio interés una mano invisible dibuja sin intervención humana la senda hacia una sociedad de la abundancia. Juez y parte no pueden separarse.

Frente a este planteamiento, la pobreza evangélica. Vender lo que se tiene, lo tangible, el resultado inmediato; olvidarse del cortoplacista interés particular. Y luego, sin el lastre de buscar el resultado por encima de todo lo demás, seguirLe: seguir su criterio de verdad, el desarrollo, como camino hacia el crecimiento económico.

---

## NOTAS

<sup>1</sup>Ha sido doctrina permanente de la Iglesia que los actos humanos; todos los actos humanos, “*son actos morales*” (Cf. *Veritatis Splendor* ) lo que impide juzgar o valorar las acciones humanas únicamente a la vista del resultado, ni siquiera cuando éste resulta novedoso o exitoso. La aplicación de esta premisa al discurrir de la raza humana en la tierra, en mi opinión, y como trataré de mostrar, implica aceptar que es el hombre el que progresa, no la naturaleza. Que la civilización pertenece a todas las personas no a la mayoría. Que el progreso nunca es espontáneo sino libre y que, por ello, apela necesariamente a la verdad y a lo antiguo.  
Cf. *Veritatis Splendor*

<sup>2</sup>La economía es hija legítima de la escasez. Tanto si la economía es moderna como si no lo es, el término escasez es obligado. No obstante, resulta muy distinto que la escasez se ate a necesidades o se una a deseos, virtualmente ilimitados.

<sup>3</sup>MALTHUS Thomas Robert (1798) *Essay on the Principle of Population as it effects the future improvement of society*: Lib. IV, Cap. I. Hay traducción castellana en Fondo de Cultura Económica, México, 1966, pág. 415.

<sup>4</sup>MAZA ZORRILLA, Elena (1997) *Pobreza y asistencia social en España. Siglos XVI al XX*; Secretariado de Publicaciones, Universidad de Valladolid, pág. 77.

<sup>5</sup>BENTHAM Jeremy (1769) *Essays on the Poor Laws*; cit. J. R. POYNTER (1969) *Society and Pauperism; English ideas on Poor Relief 1795-1834*; Rotledge and Kegan Paul, London, pág. 119. BENTHAM Jeremy (1798) *Outline of a Work Entitled Pauper Management Improved; in The Works of Jeremy Bentham*, Thoemmes Press, Bristol, 1995, Vol. VIII, págs. 369-437.

<sup>6</sup>El proceso por el cual se subsiste se corresponde a lo que Hanna Arendt denomina labor: *actividad correspondiente al proceso biológico del cuerpo humano, cuyo espontáneo*

*crecimiento, metabolismo y decadencia final están ligados a las necesidades vitales producidas y alimentadas por la labor en el proceso de la vida. La condición humana d ella labor es la vida misma (The Human Condition; Cap. I; Existe traducción castellana en Paydós, Barcelona (pág. 20)*

<sup>7</sup>Señala: “*el patrimonio de un hombre pobre estriba en su fuerza y destreza de sus manos. El impedir que emplee esta fuerza y esa destreza de la forma que crea más conveniente sin perjudicar a nadie es una violación flagrante de la más sagrada de las propiedades*”. Para quien no emplea el trabajo, guarda la calificación de mendigos, “*quien escoge depender básicamente de la benevolencia de sus conciudadanos*” (Lib. I, Ch. 1, 1).

<sup>8</sup>See HIMMELFARD G. (1983) *The Idea of Poverty; England in the Early Industrial Age*; Alfred A. Knoph, New York, págs. 64-65.

<sup>9</sup>Wealth of nations, I, 8, 126.

<sup>10</sup>Vid. JIMENEZ SALA Maria (1958) *Historia de la asistencia Social en España en la Edad Media*; Instituto Balmes de Sociología, Madrid, y RUMEU de ARMAS, Antonio (1944) *Historia de la Previsión social en España*, Ed. El Albir, Barcelona, 1981, Título V, Cap. X.

<sup>11</sup>Claro que el Evangelio considera bienaventurados a los pobres, pero a los de espíritu, es decir, a los que viven desprendidos o sin apego a los bienes. Para que no apegarse fuera virtuoso, sería preciso tener a qué apegarse. Otra cosa sería una mala interpretación; tan mala como decir que en ciertos países de África se mueren porque hacen regímenes de adelgazamiento demasiado fuertes y prolongados. La pobreza, en términos generales, es virtud si es voluntaria, no estando este punto en contraposición de la Doctrina de que el hombre ha de someter la naturaleza, también las necesidades de la suya. Ahora bien, quienes sufren esta última son dignos de respeto y aún de caridad preferencial, (Puede leerse la razón y consecuencias de ello, en R. RUBIO DE URQUIA, *Amor de Preferencia por los pobres*; en V.V.A.A. (1996) *Estudios sobre el catecismo de la Iglesia Católica*; Unión editorial, Madrid, págs. 598-625).

<sup>12</sup>H. ARENDT (1963) *Sobre la Revolución*; Revista de Occidente, Madrid, 1967, pág. 28.

<sup>13</sup>Apuntar que el concepto smithiano de trabajo es coincidente con el de John Locke, para quien el trabajo es simplemente el esfuerzo del dominio (Cf. *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, V,27)

<sup>14</sup>Wealth of Nations; Lib. II, Ch. III, 2.

<sup>15</sup>Ibid.

<sup>16</sup>En tanto las virtudes benefician al sujeto que es quien produce, y ello redundando en la calidad del producto.

<sup>17</sup>Cf. RUBIO DE URQUÍA Rafael (1990), *op. cit.*

<sup>18</sup>Cf. por ejemplo, LACOSTE Yves (1976) *Geografía del subdesarrollo*; Ariel, Barcelona.

<sup>19</sup>GALBRAITH J. K. (1960) *La sociedad opulenta*; Ariel, Barcelona, pág. 20.

<sup>20</sup>*Ibid.*

<sup>21</sup>BLAUG M. (1985) *Teoría económica en retrospectiva*; Fondo de Cultura Económica, México, págs. 25 y ss.

<sup>22</sup>GALBRAITH J. K. (1960) *Op. Cit.*, pág. 26.

<sup>23</sup>LOCKE, J. (1690) *Segundo Tratado sobre el gobierno Civil*; V. 27.

<sup>24</sup>*Ibid.* V. 45.

<sup>25</sup>SMITH A.. (1776) *Riqueza de las Naciones*; V,2.

<sup>26</sup>*Ibid.* I, 1.

<sup>27</sup>Riqueza de las Naciones, I,5,i.

<sup>28</sup>I,i,3, págs. 16-17.

<sup>29</sup>VII,iii,1, pág. 316.

<sup>30</sup>III, 4, pág. 157.